

Con Torceduras se inicia la Literatura Queer en Ciudad Juárez. En esta urbe de fronteras hacía falta una voz que trasgrediera el convencionalismo, que perturbara los temas recurrentes. Torceduras es una lectura incómoda, una publicación que querrás esconder cuando te pregunten “¿qué lees?” Y lo que está frente a ti son las historias sin pudor y descaradamente honestas de José Jasso, lo que tienes en tus manos son las honduras de sus personajes, los paseos a deshoras por las avenidas de la ciudad, las fiestas privadas en lugares públicos, sus doctrinas del amor, del sexo y otras promiscuidades. Estos cinco relatos breves de José Jasso, irrumpen para siempre en la creación literaria de las buenas conciencias.

Torceduras

José Jasso



OBRA

NEGRA

editores

©*Torceduras* de José Jasso.
Agosto 2016
Ciudad Juárez, Chihuahua.

Edición: José Juan Aboytia
Diseño y Fotografía: José Alberto García

Obra Negra Editores.

✉ obranegraeditores@gmail.com

Torceduras

José Jasso

**OBRA**
NEGRA
editores

José Jasso nació en 1970 en Ciudad Juárez, donde vive. Abandonó la carrera de Literatura Hispanomexicana para terminar la de Ingeniería Industrial y de Sistemas, la cual ejerce trabajando en la maquiladora. Fue becario en los Talleres de Escritura del Instituto Chihuahuense de la Cultura bajo la coordinación de Agustín García y JJ Aboytia. Ha sido publicado en algunas antologías y revistas.

Hombre soltero busca

El pelado no me llamó hoy. Las posibilidades de coger aumentaron. Hago *login* en el interminable mundo de los “no”: no obvios, no gordos, no ancianos, no pasivos. Algo peor que la discriminación es la hipocresía. “Los respeto a todos y no tengo nada en contra, pero no son mi tipo.” La página está llena de clichés. “Guapo, varonil, fuera del ambiente gay, cuerpo de gym.” Sin embargo, es cuestión de leer entre líneas, aunque parezca una búsqueda infructuosa, desde los extremos del sexo sin compromiso y el amor verdadero y sublime, se encuentran algunos huevos de pascua, ironía aparte.

“Busco activo para sexo a pelo. Travesti de clóset con lencería femenina [sic]. Busco chicos de secundaria que les

guste mamar. *Fisting, scat, sadomasoquismo*. Busco zoofilia, de preferencia con pastor alemán." Hijos de la chingada ¿Dónde están los míos?

Sigo sin aprender la lección. En uno de estos sitios online encontré al pelado. Fue bueno al principio hasta que se volvió una relación seria. Los encuentros se hicieron más frecuentes pero el sexo escaseó. Ahora todo es ver tele y tomar cerveza. Unos besos, una mamada y al final tengo que sacar a Terminator del cajón cuando se va, ¿qué quieren? La soledad es mala consejera.

Volví a las andadas de las citas por internet porque ya no hechizo en los antros. Ahí es otro mar de estereotipos en donde ya no puedo competir. Muchachos de dieciocho que parecen de quince, veinteañeros que parecen adolescentes y treintañeros dando patadas de ahogado. Los clásicos dejaron de tocarse hace tiempo. Valga, ahora sí, la ironía.

Un usuario embadurnado de trova falsa cita una canción de Arjona. Otro, que promete, escribe un fragmento de

Sympathy for the Devil, pero es pasivo. Uno más busca una relación tipo *Brokeback Mountain*, el closetero ignora que a uno de ellos lo mataron y el otro nunca fue feliz. Sonríe al pensarlo. Entonces llega el activo a quien no le importa el físico, tiene veinticuatro años, así que no me juzguen, a esa edad ningún hombre es feo. Además, por la descripción me doy cuenta de que ya lo conozco, es un buen palito. La chalu-pa y buenas.

Llega un mensaje por *whatsApp*: es el pelado. Cierro la laptop y reviso que haya cervezas en el refri.

Encrucijada

Una cosa es que ande de caliente y otra que esté dispuesta a todo." Recuerdo a mi amiga Regina bañándose en decencia, gritando en pleno Free-gay. "Que paguen las jodidas." Se levantó de la mesa y se llevó su caguama dejando a los mayates un poco atolondrados por el exabrupto. Ese fue un momento de epifanía para mí. Quería sentir esa dignidad, ese orgullo, que ella sentía. Nomás por no ser menos, me levanté tambaleante y traté de decir: "lho que dijho mi amighaaa." Sabrá Dios cómo se oiría, pero igual se quedaron sin mi caguama. Esta vez agarraron sus curas.

No sé qué tanto me marcó ese momento. Pero el grito lo hice mi lema. Por muy bajo que cayera, nunca le pagué a

un mayate. Tiene que ver mucho que estaba tan jodida que apenas tenía dinero para mis propias cervezas. Pero eso sí, salía trastabillando con aquella dignidad.

Pasaron mis años veinte y cerraron los locales del centro. Aunque más bien sucedió que nos fuimos a vivir a Las Torres, era muy incómodo volver en ruta desde el centro en el estado que acostumbrábamos. Tomamos entonces el hábito de pistear en casa. Nos hicimos pronto de nuevas amistades, que donde corre el alcohol nunca faltan las amigas y uno que otro pelado oportunista.

Siempre supimos escoger bien. Podíamos perdonar lo feo pero no lo pobretón. Ya no andaba tan lastimosa de efectivo así que me daba más mi paquete a la hora de correr a los gorriones. Luego las amigas se enojaban, pero me perdonaban rápido: hacíamos el conteo de las cervezas por piocha que nos tocaban y bien podíamos prescindir de los otros consumidores. Algo así como entre menos burros, más burras nos poníamos. Pasábamos la fiesta vociferando a la

D'Alessio con la de "En mi casa mando yo y no hay hombre que se sienta superior" o cualquier otra que nos hiciera sentir muy feministas.

Dice un dicho que el hambre es canija y, aunque nunca estuvimos muertas de verga, debido a la presión de las amigas y al hecho de que ya no nos cocíamos al primer hervor, nos permitimos el capricho de invitar a un grupo selecto. Tipos con apodos como La Rana, El Cholo, El Moreno. No creo necesario explicar mucho el pedigrí de los susodichos.

Para que el lema no cambiara, la política de la casa se modificó a algo que podía sonar como "la cerveza que quieran, pero no dinero" y como complemento agregamos un dicho de La Manita "hombres que no cogen, a chingar a su madre." Aquello era una fiesta típica de maricones y chichifos donde se filosofaba, se discutían temas políticos y se afianzaban lazos de unión: "primero las amigas, después los pelados."

Nada permanece en *status quo* por mucho tiempo o, como dice el dicho, nunca falta el frijol en el arroz. La Regina invitó a Adrián, un mecánico de veintitrés años, grandote, bien formado, peludo y dado a los excesos. El muchacho no podía hilar dos ideas dado su avanzada borrachera pero se dio a entender muy bien cuando llegó la hora de cumplir con su parte. Todas suspiramos y deseamos mucha suerte a quien pensamos que sería la ganadora de la noche. La Regina se despidió del grupo que hacía caravanas de complacencia y de aprobación. Ningún rostro reflejaba envidia, aunque había, a puños, pero de la buena, eso sí.

Cuál sería mi sorpresa al ver que se entreabría la puerta de la habitación cerrada apenas cinco minutos antes y asomaba la cabeza con la mayor discreción mi queridísima amiga. "Ven", susurró e hizo la seña. Con no poco desconcierto seguí la indicación. El pelado medio desnudo, medio muerto no emitía otro sonido que el respirar pesado de un beodo.

-¿Qué pasó?

-Quiere un trío —y luego se dirigió a él-. ¿Esta es la que querías?

Por sola respuesta se incorporó un poco, nos tomó de sendas manos y nos jaló a ambos lados de su cuerpo. Nos besó intermitentemente y la incomodidad de hacer un trío con una hermana se diluyó en el placer de ese cuerpo, de esos labios, de ese torso, de ese estómago plano, de Ese. Llegó un momento en que tuve que entrarle al quite y no hacer quedar mal a mi amiga, ya que a ella no gustaba del sexo oral. Un joto que no la mama es como una mariposa sin alas, pero esa es otra historia.

Así estaba yo, aplicándome en lo que se convertiría mi mejor práctica y mi mejor ganado apodo, cuando Regina se apagó cual lámpara sin luz y no quiso seguir. En ningún momento lo lamenté. La habitación se iluminó un poco cuando se abrió la puerta y después volvió la oscuridad. Tenía todo el camino libre para hacer y deshacer a mis anchas.

Lo que pasó a partir de ese momento lo callo por pudor, aunque no me lo crean. Baste con decir que al día siguiente todas las criaturas eran mis hermanos. En un instante entendí lo que era querer quitarse las sandalias por no herir a las piedras del camino. Antes de eso, todo había sido tan soso, tan simple, tan nada que ver. Y supe que a partir de ahí se había definido para mí el verdadero *hardcore*. La sonrisa estúpida me duró una semana.

Como yonki empecé a urdir artimañas para una nueva dosis, mi *dealer* estaba a uno cincuenta el minuto de distancia, en el recién popularizado sistema prepago del amigo kit. Dos o tres llamadas de cortesía y la cita estaba hecha. Debía ser en sábado, pues Adrián me explicó: "viernes social, sábado sexual y domingo familiar." No tuve más remedio que reescribir la política de la casa a "primero mujer que amiga" y les cancelé a todas, Regina incluida.

De haber tenido más encuentros, no sé dónde hubiera parado todo aquello. Me había enamorado o tal vez peor:

envergado. Fue casi como la primera vez, pero unas dos rayitas más. No insistan en que lo explique, pues solo se puede sentir. Habrá quienes lo sepan de hecho y para muchos serán mamadas de poeta frustrado. El caso es que estaba lista para pedirle matrimonio cuando pronunció las palabras más horribles que me pudiera decir ese hombre:

-Necesito arreglar mi carro. ¿No me puedes prestar un quinientón?

Hay eventos en la vida que son como un parteaguas. Se presentan de una forma tan inoportuna que te quedas sin convicciones. El grito de batalla de la Regina se opacaba con las campañadas de una iglesia pro-diversidad imaginaria. Las reglas ya se habían cambiado, la política de la casa era otra, pero aún no tocaba fondo. Como toda mujer que se respete preferí mi dignidad, mi amor propio. Le expliqué que cuando quisiera podía tener a su disposición todo lo de beber, pero ni un cinco en efectivo. No se agüütó, después de decir "no hay pedo" se despidió con un beso tan intenso que volvía a caminar como Bambi.

Tuve una semana más de no pisar el suelo, de sonreírle a los extraños y de querer hacer el bien. Eso fue todo. Por angas o mangas no lo vi más. Supe que andaba con la Juana, una jota que trabajaba de jefa de grupo de limpieza. Obviamente ella no tenía ni pizca de autoestima, lo que sí tenía era a Adrián. Y esa es la razón por la que estoy en la Universidad. Porque quiero ser ingeniero. Esos güeyes ganan la pura feria.

Puterías

Aquí donde me vez, fui muy puta en mis tiempos. De las que cobran no, es decir, anduve de promiscua. Dirás que si no cobré más bien anduve de pendeja. El caso es que no me espantaba de nada. Siempre hay algo que nos hace cambiar de opinión.

Esas cosas se dan por temporadas. Por ejemplo, un día despiertas y te sientes cual lobo en luna llena. Te masturbas aunque sabes que esta vez la ansiedad no se mitiga con tan poco. ¿Me entiendes si te digo que es parecido a ponerte bien coca? Es como un calorcito que te da en el estómago y una temblorina en el cuerpo, pero por dentro, tamborazos en el pecho y el respirar jadeante. Todo eso te lo aguantas, lo puedes reprimir para que no se note, los ojos acristalados y escudriñantes no. Al menos esa es mi teoría. Lo he visto en

los tipos que fichan en los baños de Soriana y pienso "así me veía yo, con la desesperación a punto de reventar." Total que así se siente, entonces, a como diera lugar, hija. Decía Pedro Infante que cuando hay querencia hay modo, así que ya nomás presentaba yo alguno de esos síntomas y valía madres. El monumento, la zona, la ruta, el baño público o el vapor, el lugar era lo de menos, lo importante era darle trámite a la necesidad de pecado. Esas mamadas de que es como una droga, tu cuerpo te lo pide y tienes síntomas de abstinencia, son todas ciertas. Cuando eres sexoadicta te da porque te da y no lo puedes evitar.

¿Cómo se quita? Sepa la bola. Un día te dan ganas, pero se te quitan con una buena masturbada, entonces esperas quietecita el siguiente episodio. No es por la edad; mi amiga la Sergei sigue dándole vuelo a la hilacha y es mayor que yo. Pero esto no es un chisme y se trata de *yours truly*, continúo.

¿Se podrá definir el grado de putez? Las ganas de coger no se miden. Puedes tener muchas o pocas, pero lo impor-

tante es coger. ¿Promiscuidad es más de dos parejas sexuales al año? ¡Ay, chula! Necesito otra escala, de veras. Porque así me sale que fui diez veces promiscua, pero al mes. ¿Entiendes el problema? Aquí solo hay del uno al diez o, mejor dicho, del uno al cien. Es que en números redondos tampoco se puede. Dejé de contar en los doscientos cincuenta. El estudio Kinsey dice que los gays tienen hasta setecientas parejas sexuales. La Pepa, que en paz descanse, tuvo más de mil. Así que digo que fui puta con toda sencillez y humildad.

¿Ves por qué no me espanta? No me espanta. La infidelidad me la paso por los huevos. Pregúntame cuándo le revisé el celular, la cartera. Olerle los calzones sí, corazón, pero era por fetichismo en pleno, nada más. Ya te dije lo peor de mí ¿qué me costaría admitir que soy obsesiva-compulsiva? Sí lo soy, pero no con él. No es extraño, hija. Imagínate tantos años de marquesa y no saber cómo se mueve el abanico. No, no, él llegó como tantos otros. No

había por qué andar con la ñoñez de “te quiero solo para mí.” A huevo tiene que andar de cabrón, si para eso es hombre, diría Blanca Estela Pavón. Lo importante es que volvía. Ahí estaba, cabrón o puto (tacha “puto”), cabrón o promiscuo, como quieras. Todos los días me textea “¿a qué hora estás? ¿Le caigo o me recoges? ¿Vamos a vernos hoy?” A mí qué me importa el mar si perla soy.

Te digo que la putería es un vicio, una adicción de la que no hay cura. No sé si exista. Claro que no se me ha quitado, lo que pasa es que tengo menos tiempo disponible. Aparte creo que una lo hace más bien por soledad. No es mamá. Cuando te llega la desesperación, sales, buscas, encuentras. A lo menos pasas media hora mamando en una tapia. Si tienes suerte, una hora cogiendo en un hotelucho. Ya cuando te va bien, te casas por una noche, por un fin de semana. Compras chelas y te echas una buena platicada, te das el tiempo de conocer y te preguntan cosas sobre ti: dónde trabajas, cuántos hermanos tienes y si es que te has enamo-

rado alguna vez. Convives pues con otro ser humano igual o peor de jodido que tú. Pero hay un intercambio de soledades o de patetismos, si quieres. Y más allá de que te los echen en la cara, en el culo o en el condón, hay un encuentro que puede ser irreal y morboso, como quieras, pero en el tiempo de la aventura, no estuviste sola.

Quede asentado, pues, que soy realista, perversa y objetiva. Sigo entrando a los anuncios por internet. Es un hábito muy malo, por cierto. Dos o tres veces que he tenido chanza, he echado una cana al aire, no hay pedo. Él no me pregunta, yo no se lo digo. De pendeja, ¿verdad?

Ahí lo conocí, ahí lo volví a encontrar. Eso no es lo que me tiene preocupada. La mayor parte del tiempo me la paso de caliente huevos. Les digo que sí y luego me hago güey. Si ya no me siento sola ¿qué caso tiene? No se me ha curado la adicción, es que ahora tengo mis dosis controladas. A lo mejor estoy en *rehab*, lo que sea.

Pensé que él estaría satisfecho igual que yo. Que tenía todo lo que necesitaba, y si no, que lo podía pedir. Al menos eso se lo puse en claro. Todo estaba en la mesa de negociación: si tenía alguna fantasía por cumplir, pudiera ser que existiera alguna necesidad o gusto específico que buscara experimentar; podía proveer cerveza, mota y gasolina, todo junto o en partes. ¿Qué le costaba pedir dinero? Nada. Pero se ofende y hace un drama si insinúo que necesita efectivo. Para mí es territorio desconocido. No vuelvo a mencionar nada relacionado con lo económico. Guardo silencio y me quedo con la duda. No se pone una sus moños si no le quieren cobrar, ¡qué chido! ¿no?

Entonces, ahí ando de ociosa y me encuentro un anuncio que dice "Hombre activo da placer a pasivos por doscientos pesos. Ofrezco limpieza, discreción y buen sexo." Lo respondo y me manda su teléfono. Era él, mi marido, ¿ves cómo siempre pasan cosas que te mueven el tapete?

La China Sexo Oral

Vaya, hijita, bien que eres insistente en preguntar lo que no se debe. Te diría que le preguntaras a La Sergei, porque ella me puso así. Una vez le conté de cómo aprendí a hacer el *deepthroat* y de otro asunto del que no quiero ser tan explícita aún.

Me gusta, pero no es de siempre. Ahora está entre mis cosas favoritas pero no fue así al principio. Creo que era más bien la textura, porque el saborcito a cloro como que te llega más cuando ya te los pasaste. Sentía como que estaba comiendo ostiones y esas madres me dan asco desde que trabajé en la pescadería. Utilizaba los medios posibles para evitarlo, ya sabes: las lengüetadas en los huevos, el beso negro, lo que fuera con tal de que no se vinieran en mi boca.

Cuando me fallaba el cálculo, los escupía y ya. Ahora reconozco que tragarlos es el mejor cumplido que le puedes hacer a un pelado.

Cuando estaba estudiando, salía muy noche de clases. Reynita: iba a la nocturna, todo lo cuestionas, escucha y calla que todo quedará explicado. Si esperaba a que el camión se llenara, implicaba llegar a casa a las doce y el tiempo era un recurso que debía aprovechar al máximo. A media cuadra de ahí había unos taxis muy baratos. Cobraban quince pesos, era “un pequeño lujo” diría La Doña. Sí, niña pendeja, La Félix. En aquel tiempo yo estaba bien zoncita, ándale, tipo Tulita de Montenegro, mi vida. No como ahora que me dicen La Cuaresma por lo larga. Entonces hasta me daba vergüenza que supieran que era niña. Las pláticas de los choferes eran siempre muy inocentes, me hablaban del clima o me preguntaban por la escuela o se ponían a describirme su trabajo de taxistas. Eran simplonadas para llenar los diez

o quince minutos que duraba el viaje. Luego me topé con uno nuevo.

-¿Viene del trabajo, joven?

-No, de la escuela.

-Ah, y ¿cómo se llama?

-José, ¿y usted?

-Daniel, El Danny Boy pa' los compas.

Mucho gusto y cortesías, ya te la sabes. Con la mano que me saludó empezó a rascarse los huevos. ¡Qué rico! ¿Verdad? Inocentemente seguí la plática que ni recuerdo por lo equis que era. No se soltó los huevos para nada, siguió rásquese y rásquese. Me cayó el veinte pero no supe cómo abordarlo. Estaba bien güey, te digo. Llegamos y pregunto el típico "¿Cuánto es?" "Quince pesos" y en lo que sacaba el dinero del pantalón, el tipo se recarga y se la acomoda para que la vea en todo su esplendor "Mira" me dijo. Mis ojos iban del billete de veinte al bulto. ¿Le pago,

me indigno, me bajo, se la toco, sonrió? Todas las preguntas me pasaron en un microsegundo. "¿Te la agarro?"

Estaba mensita, pero ya empezaba de calenturienta. Dura, dura, como debe de ser. No parecía ser gran cosa, pero era panzoncito. Ya sabes que los gorditos tienen mucha pelvis y así por encimita no te das una buena idea de cómo va a estar aquello. No sabía qué esperar, realmente. Danny Boy era grandote, güero camarón, sus antepasados debieron ser vikingos, pero ya el rojo de su sangre quedaba así en un castaño claro rojizo deslavado. Muy sexy, la verdad, vestido vaquero, vellitos de fuera, piocha recortada. Con nervios y todo le dije "¿Te la mamo?" y como que no estaba esperando otra cosa, se desabrochó el pantalón y ¡zas! Era una verga tan hermosa, tan estética, deseaba que el tiempo fuera eterno para admirarla. Un poco curvada hacia arriba, unos dieciocho o diecinueve centímetros, blanca con venas azules. Niña, estábamos bajo un arbotante, por eso la pude ver a detalle, ¿está bien? Deja de inte-

rrumpir. La cabeza de un rosa así labios de princesa. El vello era clarito suave, aterciopelado y húmedo.

Le bajé el prepucio antes de metérmela en la boca y vieras qué olor tan delicioso, poquito como a sudor, unas notas de jabón zest, un poco a pipí, pero no feo. No diría que sucio. Llevaba todo el día en el taxi, ¿qué querías? Olía a pito, pues, pero a pito rico. Lubricaba bastante, sabía saladito y el glande tenía una textura suave y firme como dulce de gomita cuando le quitas el azúcar. Nada más la textura, el sabor era levemente como el vinagre de manzana. Ya sabía uno que otro truco, aunque aún no me había consagrado. Aparte, él me decía cómo. ¿Apoco no es excitante cuando el pelado te dirige? “Los huevos despacito, nomás con la lengua. Besa el tronco, chúpalo sin meterte la cabeza. Ahora por el otro lado.”

Fue, sin lugar a dudas, una de las mejores vergas que he probado. Tenía meses sin nada de nada, así que quise darme mi tiempo para disfrutarlo bien. Éste ya en la calen-

tura, me empezó a empujar la cabeza más y más abajo. En un momento sentí que me daban ganas de vomitar y traté de aguantar hasta donde pude. Recuerdo que me dijo “abre bien la boca” y yo muy obediente abrí. Me agarró la cabeza con las dos manos y ahí va todo aquello hasta el fondo. Mi nariz estaba pegada a su pelvis, mis labios a su vello púbico y su glande había pasado por mi campanilla. No sé describirlo, sentí que la garganta se abría y producía un chasquido, un clic. Después de eso, hija, ¿qué le he dicho, cuáles ascos? Acababa de aprender a mamar como se debe, garganta profunda y todo. Cuando me puso a hacerlo a menor profundidad, intuí que era el momento de quitarme. Pero aún me tenía atenazada y no podía mover la cabeza. Él era el que efectuaba el movimiento mientras me detenía con sus manotas. “Voy a esperar a que termine para escupirlos” pensé inocentemente. Pero nada, aventó chorros y chorros, yo cada vez tenía menos espacio para retener aquello.

Tuve que tragar un buche para no ahogarme. Pensé que me vomitaría del asco, pero ¿qué crees? Me gustó. Sentí un cosquilleo en la garganta y un regusto amargo en la boca, pero rico, ¿qué más da? Me los comí todos.

De ahí pal real, cuando tocaba que me llevara El Danny Boy, sabía lo que iba a pasar. Él fue mi maestro en las artes mamatorias. Si no fuera por él, no existiría la leyenda urbana de La China Sexo Oral.

Palitos de reserva

La verdad sea dicha, sí. Merecido se lo tenía. Fue al principio de todo este desmadre emocional. Entre pleito y pleito me desquité poniéndole los cuernos. Ya te he dicho que el pelado nunca ha sido cariñoso y eso era y sigue siendo una de las principales razones para querer cerrarle la puerta en la cara y no volver a saber de él.

Siempre he tenido un plan b. Así que por sí o por no, ahí estaban el Daddy Yankee y el Chaparrín. Sin nombres, mamacita, que conocido es que más vale ser discreta. Y si estos dos fallaban pues estaba el de las emergencias, que ni apodo se merecía pero Édgar le puso el Emergency Boy, poco creativo el apodo, pero muy acertado.

Cada quien tenía lo suyo: El Daddy era un regetonero moreno, de muy buen cuerpo, muy sencillo. El Chaparrín estaba hecho de fuego, a nada le ponía peros cuando se concertaba el encuentro y el Emergency tenía una reatota fenomenal, eso sí, era feo como votar por el PRI. El chiste es mantenerlos a distancia para que no te hagan mosca en caso de necesitar tiempcito pal mero bueno, pero no muy alejados para poder echar mano de ellos en caso de una emboscada. Y yo era muy feliz porque ya nomás no veía plan con el pelado y como perra.

Lo malo es que cuando se ponen las cosas muy formales, pues ya como que ves menos los defectos del tipo principal, ¿no? Y como sabes que solo es cuestión de esperar, pues prefieres aguantarte un ratito las ganas. Después de todo, pues es tu viejo y las razones para la infidelidad como que pesan menos. Claro que todo se trata de complicarse la vida y buscar el drama, mamacita, ¿verdad? Porque no se puede ir por la vida sin emociones. Así que un buen día te olvidas de

que el susodicho es atento, te llama todos los días, te busca, te hace reír, te cuida, lleva el coche al taller, repara el aire acondicionado y entre caguamones y eructos, se convierte en alguien especial en tu vida. Cuando estás de buenas, te sorprendes pensando en él y admiras que a pesar de ser un bato con una sexualidad indefinida, siempre viene oliendo a jabón y a suavizante. Y a lo mejor no te dice palabras tiernas, pero te pone atención, no te dirá ni bueno ni malo, pero te puedes desahogar con él.

Por decirte algo, un día vino a la carrera porque tenía que hacer no sé qué con su mamá, un "asunto", como le llama a cualquier mandado. Se estuvo no más de media hora. ¿Sabes por qué llegó? Porque yo tenía un resfriado de esos que te tiran en la cama y no te puedes levantar. Me trajo unas desenfríoles, se tomó una cerveza y me dijo: Bueno, señor, lo dejo descansar, aliviánese. Esos detalles como que te ganan, la mera verdad.

Claro que después, tiene algo que hacer el fin de semana, le llegan visitas o tiene una reunión familiar y ya no lo viste. Digo, pasar los fines de semana sola está bien cuando estás soltera, pero con un novio, ¿cómo es posible? No lo concibo. Gracias a que siempre he sido buena para los planes b no me podía mucho realmente. Era así como bienvenida a la soltería por un ratito. Y hay que aprovechar.

Últimamente no sé qué me pasa y no me gusta. Quiero hablarle al Daddy Yankee, pero me acuerdo que tengo que ir por él, llevarlo a comer pizza y trabajarlo un buen rato para poder irnos por ahí a cachondear. Ese juego de la seducción estaba chido antes, cuando empezábamos a conocernos, ahora me parece una completa pérdida de tiempo, aparte el pobre muchacho es un palurdo, no tiene tema de conversación ni sabe hablar, pobrecito. El Chaparrín hay que estarlo cazando porque estudia dos carreras, una entre semana y la otra los sábados. Los domingos tiene práctica de béisbol, cuando tiene tiempo, ya se me pasaron las ganas. Luego de

pronto se zafa de alguna de sus clases y resulta que es entre semana, pero yo entre semana estoy bien, es únicamente los fines de semana cuando necesito compañía. Del Emergency Boy mejor ni hablamos porque está muy feo y pretende que lo ponga pedo antes de cualquier cosa, digo, mijo ubíquese, tiene una vergotota, sí, pero no mame, ni la sabe usar. Conocer gente nueva, ¡ay no, qué flojera oye! Aparte no puedo correr el riesgo que me vuelva a tocar otro igual al que ya tengo.

De que se merece que le ponga los cuernos, ni hablar, creo que se lo gana a pulso por dejarme sola, pero, vieras que no me dan ganas.